


CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

Director: ARTURO AGUIÑEZ

GALERIA CÓMICA
FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES



FERNÁNDEZ
1895

AÑO II
N.º 80
Setiembre 8 de 1895

PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva.
lente, con el aumento del franqueo.
Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

Hoy ya tenemos, gracias á Morelli,
el hombre más refeo
del mundo (porque él lo es, á lo que creo.)
más el coli-comune y Sanarelli
que estan por él aquí en Montevideo.

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por A. Giménez Pastor—«Conflicto», por Francisco Manzano—«Para ellas», por Alina Doré—«Contraste», por José Estromera—«Charla dominguera», por Nemo—«El sol enfermo», por J. Rodao—«A matarse tocan», por Luis Boyo—«Entre dos fuerzas» (novela), por A. Giménez Pastor—«Menudencias»—«Correspondencia particular».

GRABADOS—Galería cómica. Fotografías sin retoques—Dr. José María Carafi—«Para ellas»: retrato de señorita, por Aurelio Giménez—«LUIJEN MARCÓAS»—«Trabajo... subversivo», por Wimpelaine II—y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.



Pues vuelve á hablarse de invasión blanca. Parece que los blancos se arman.

—Sí, señor; se arman, decía un colorado que tiene muy mal genio y un perro ñato con familia. Se arman; y lo peor es que lo hacen públicamente. Todos los sabemos.

—Pues tanto mejor.

—¿Que se armen? Me está pareciendo usted un Oribista declarado y...

—No hombre; mejor que se sepa; así, como quiera podrán estar prevenidos.

—Lo mejor era degollarlos á todos.

—¡Caramba! Me parece usted muy aficionado á los medios de acción contra el pescuezo de los prójimos.

—Es que soy colorado de pura sangre.

—Pues para ser un sér de pura sangre, (porque no deja lugar para músculos y huesos) es de sobra voraz. ¿Todavía quiere usted más sangre de la que tiene, caramba? Podía contentarse con los cabecillas.

—Déjese de usted de menudencias. Nada de cabecillas, ni cosas al por menor. Cabezas y cabezas; eso es lo que necesitamos. Y es muy probable.

Que si fueran los colorados del Gobierno que no tienen cabeza á proveerse de ellas á costa de los blancos, no quedaba un blanco con el precioso apéndice que contiene el cerebro, la nariz y las chuletas, cuando se usan.

Y cuidado que la gente del partido contrario está exaltada! Al que más al que menos sólo de pensar en ello se le sube la sangre á la cabeza y si no se le sube también la cabeza es por no ofrecer más pescuezo á la cuchilla en caso de invasión.

Porque todos los colorados ven á Oribe en cada expedición de éstas.

Y hay blancos que no se quedan atrás.

—No lo dude usted, decía el Martes un sujeto á otro; no lo dude usted: acabaremos por invadir esta patria gloriosa de Artigas y Abdón Arosteguy. Tarde ó temprano....

—Hombre, más vale que sea tarde.

—¡Cómo! Es usted contrario... ¡Yo le haría morder á Vd. por seis perros!

—No hombre ¡bastaría con uno!

—Conque más vale tarde....

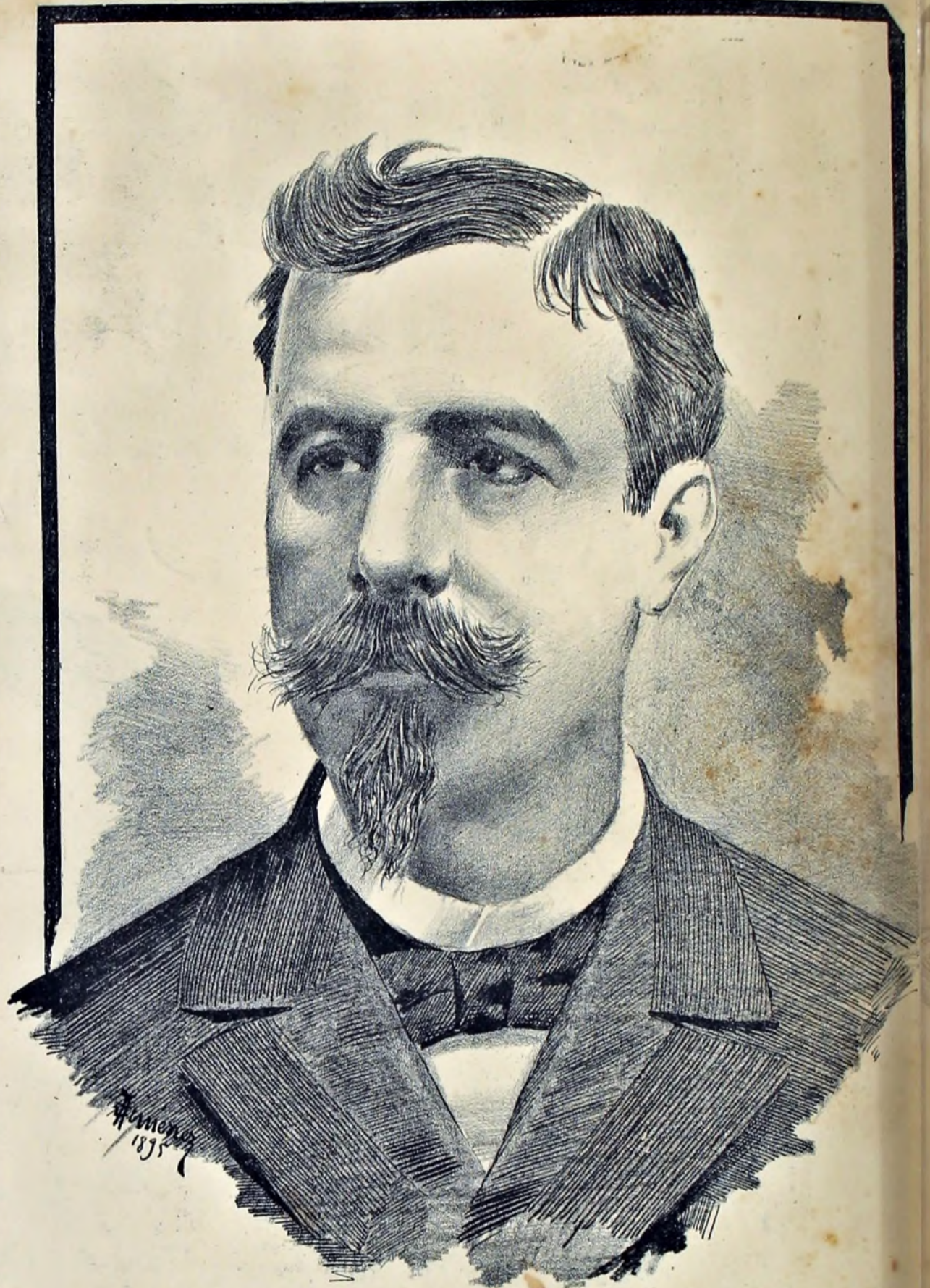
—Naturalmente. Cuanto más tarde de la noche mejor. Menos los verán.

—Le había entendido mal. Pero no le parece á usted que ya es tiempo?

—Hombre....

—Se pone usted colorado!

—¡No! Juro que soy blanco desde chico, lo juro!



Dr. José María Carafi

† EL 1.º DE SETIEMBRE DE 1895

Joven, robusto, sano, la muerte le ha herido cuando, en todo el vigor de sus facultades, la ciencia y la sociedad esperaban mucho de él.

Con el Dr. Carafi pierde la patria un ciudadano dignísimo é ilustrado, la ciencia uno de sus más

eminentes campeones y la caridad, la hermosa caridad, uno de sus hijos más constantes.

Pero sus méritos le harán vivir siempre en la memoria de los buenos ciudadanos, en el corazón del que sufre, en el recuerdo de sus compañeros.

—Digo que se ruboriza usted.

—¡Ah! Sí, á veces suelo hacerlo, después de almorzar.

—Vaya. Veo que no nos entendemos. Es usted demasiado tibio.

—¿Lo cree usted? Pues estoy helado hasta los huesos. Este vientecito....

—Es claro! le falta á Vd. el calor que llevan en sí los que tienen sangre roja, de toro.

—¡Oh, eso nó! No llevo más que sangre del autor de mis días y de su colaboradora, mi mamá. Y ella era muy honrada, ¿eh? Téngalo usted entendido, caballero!

—Pero bien ¿y qué tiene eso que ver?

—Que no se permita usted decir otra vez que tengo ó no tengo sangre de toro! ¡Como

me gusta á mí tanto las bromas sobre esos animales de cuerno!...

Con todas estos furios anti-blancuísticos, andarán preocupados, de fijo los que tengan algo de blanco en las convicciones.

Porque hay jente así, que no se pára en barras sino en cuatro patas.

—Miren ustedes, decía uno en un círculo de correligionarios. Yo creo que podríamos empezar por destruir á los blancos que tenemos á mano. ¿Qué les parece á ustedes si le pegáramos un buen balazo, ó dos regulares á Juan Carlos Blanco?

—¡Hombre!

—¡Qué! Lo quieren ustedes más Blanco?

El que no vió á *Monsieur* el domingo en Maronás, no vió todo el esplendor de un sér superior aunque de cútis oscuro.

A pié y á caballo, solo y acompañado, ora cortés, ora altivo,

De todos modos lució
y en todas partes dejó
recuerdo *éclatant de lui*

Cuando pasó por tercera vez la verja, por tercera vez, como habían pasado los Alpes Aníbal, el Condestable y Napoleón, exclamaciones de admiración resonaron en el ambiente tranquilo del Hipódromo.

¡Oh! ¡Qué gallardía, qué continente, qué bigotes, qué presencia, qué barriga militar!...

¡Oh!

..

De veras que somos más que desgraciados los que nos hemos quedado sin marcharnos á Luján, ahora que se nos ofrecía ocasión tan favorable de hacerlo divertidamente.

Pero ¡qué caramba! Yo creía inocentemente que las peregrinaciones, fieles á su oríjen, eran hoy en día, aunque amoldadas á las modernas costumbres, siempre muestras de humildad, y penitencias menores.

La culpa la tiene San Roque, que yo había tomado como modelo de peregrinos.

Que á haber sabido que se trataba de un paseo en sociedad, ¡y qué paseo! no me quedo, no señor!

Me vendo por diez y seis pesos que vale el pasaje y dejó en rehenes á la familia.

Ahora se hacen esas cosas de otro modo. San Roque era un inocente que no alcanzaba de la misa la media, ni el lado gordo de las peregrinaciones.

Lo que es esta, dejará recuerdos en el espíritu y en el estómago de los que se han sometido devotamente á la prueba.

El *menú*, que han publicado ya los diarios, es de lo superior, y demuestra evidentemente que ninguno de los peregrinos va con idea de pedir á la milagrosa virgen que le conceda un buen estómago, porque prefieren llevarlo de acá á traerlo del extranjero.

Luego, muchos se llevan la señora consigo, para no perder el tiempo, y algunos la novia para más comodidad.

Y conste que esto no vá en broma.

Además, se llevan un tenor para que les amenize las horas de viaje; si señores, un tenor, y de gran voz, por si acaso.

Al menos así lo aseguran los telegramas de Buenos Aires.

De modo que, para que no falte nada, conduce consigo la peregrinacion: Dos obispos, médicos, un periodista, ó casi, varios concertistas, un tenor y un cocinero especialista.

¡No se puede pedir más!

Por lo que me figuro que al verlos la virgen se va á decir para sí:

—«Pero ¿qué podrá pedirme esta jente que llega á mis piés repleta de felicidad y contento?»

Adivínenlo ustedes.

Pedirán que se les nombre peregrinos perpetuos para mayor honra de la santa señora y continua satisfacción de sus respectivas individualidades.

Que llevan intenciones de pedir, no cabe duda.

Para algo han nombrado presidente al doctor Lenguas.

Como para que no se canse de pedir por todos.

Y luego dirán que la Iglesia es retrógada. ¿Hay alguien que lo quiera más *fin de siècle*?

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

Conflicto

—No sé hacer versos, lo juro.
—Pues tiene V. que escribir.
—¿Pero qué voy á decir?
Señora, vaya un apuro!
—Eso es fácil, cualquier cosa...
—Pero... —Al instante, al instante.
—Pues empiezo, y adelante:
«Crece en el pensil la rosa...
la rosa...» Ya me atasqué.
Señora ¿lo está usted viendo?
De esos asuntos no entiendo.
—Nada, escriba usted —¿Y que?
—Un soneto. —Desvarío;



Si en mi vida he escrito yo
sinó de Tacuarembó
cuatro cartas á mi tío.
—Vaya, pues diga usted algo
ya que no quiere escribir.
—Pero ¿qué voy á decir?
—Lo que quiera. —¿Cómo salgo
de este apuro? —Es un capricho.
—Pues... fuera tiosos modales!
Deme usted cinco reales
y me arma usted. Ya lo he dicho!

FRANCISCO MANZANO.



Le tenía un odio terrible, casi feroz. ¿Por qué?
¿Por qué, siendo ella tan linda, suave y elegante?
No había hablado nunca con ella, y sin embargo
se adivinaba que aquella boca graciosa y sonriente,

debía expresarse de una manera adorable y encantadora... Luego ¿por qué la odiaba?

Hela ahí; está asomada al balconcillo de mármol de su casa, con las manos sobre la balaustrada y asomando un diminuto pieccecito por entre las columnillas de mármol del balcón. Habla con una niña como de siete años, que indudablemente es hermana suya, y de cuando en cuando se lleva la mano á la cabeza para sujetar el rubio cabello que le cae sobre las sienes. La ha oído nombrar varias veces, y sabe que se llama Laura.

Y siempre esta ahí, y en la misma postura: las manos sobre la balaustrada y asomando el pié chiquitín por entre las columnillas del balcón!

Elena la odia; Elena odia de todo corazón á la adorable Laura. ¿Por qué, si, por qué ha de estar siempre en el balcón, y sobre todo, asomando aquel pié pequeñito y tan lindamente calzado? ¡Qué! ¿Si se creará la tonta que lo tiene tan bonito para lucirlo de esa manera?

Es de advertir que Elena tiene un pié bastante grande, gordo y ancho, y aunque lo lleve calzado tan bien como Laura, su deformidad echa á perder todas las bellezas del aspecto.

Y es seguro, segurísimo, que esa *desgraciada* hace alarde de su pié pequeñín sólo por hacerla rabiar, enfurecer, puesto que siempre está en el balcón cuando ella pasa!

Si; está segura de ello; antes de eso ya la había visto echarle unas ojeadas á un novio que ella tenía... que se veía claramente la intención de robárselo. ¡Pero se chasqueó! ¡Que lo tenía ella bien agarrado de las narices!

¡Pero el pieccecito seguía y seguía asomado al balcón como diciéndole: «¿Te gusta? ¿Quisieras tener uno así? ¡Las ganas!» Por fin un día no pudo aguantar más y llevada de la cólera, el odio y la envidia, y olvidando todas las fórmulas y deberes de una señorita bien educada, se plantó delante del balconcillo y dijo á Laura con acento rudo:

—¿Y qué? ¿Y qué hay con eso! ya sé que tiene us-

LUI EN MARDONAS



AL BRINDAR LA RES.
—Je brinde jolé par Usie
e toute sa compaignie!



LA PROCLAMA.
—Soldats! Desde lo haut de son palque,
Monsieur Jean vous contemple!



Su figura gallarda y hermosa
lució así este Monsieur, y se explica
que allí hiciera figura tan rica.
En un circo ocurría la cosa!

TRABAJO

SUBVERSIVO



—Pues no va saliendo mal
el banco, ¡Cierto que nó!
Igualito al Nacional.
Y no es que lo diga yo.
Faltan los clavos... Ya irán
poniéndolos; van á ver.
Para eso están Julio y Juan
como mandados hacer.

Wuimplans II
1915

ted un pié chiquito y unos zapatos muy finos, pero no es preciso que me los acerque tanto á las narices. ¡Ni que estuvieran perfumados con agua colonial!

La dulce Laura quedóse asombrada, atónita ante aquella embestida brutal. No se explicaba la razón de ella, hasta que una mirada furtiva, deslizada á los piés de la insultadora, dióle la clave de aquel arranque y de aquel furor.

¡Qué piés tan enormes tenía la desgraciada! Sonrióse Laura dulcemente, y tranquila, con gran sosiego y naturalidad, contestó á aquella furia:

—¿Le parece muy bonito mi pié? Pues que Dios nunca le haga envidiar esta desgracia

Y añadió tristemente, con un suspiro:

—Es de goma: soy coja.

Y ahora vaya este lindo verso de Estremera que un galante colaborador me remite para que lo haga conocer de ustedes.

Y de mil amores, como que de amor se trata.

ALINA DORÉ.

Contraste



Dios, por amor al hombre, darle en la tierra quiso
Muestra de las delicias que guarda el Paraíso:
Insomnios de inefables y dulces pensamientos
Inmensas alegrías; piadosos sentimientos;
Tiernas melancolías sin sombras de dolor;
Plácidas inquietudes; hermosas esperanzas;
Noches de ensueño grato; días de bienandanzas;
Sin pena el vencimiento; sin lucha la victoria;
Sin ambición riqueza; sin envidiosos, gloria...
Y satisfecho dijo: «Ahí tienes el Amor.»

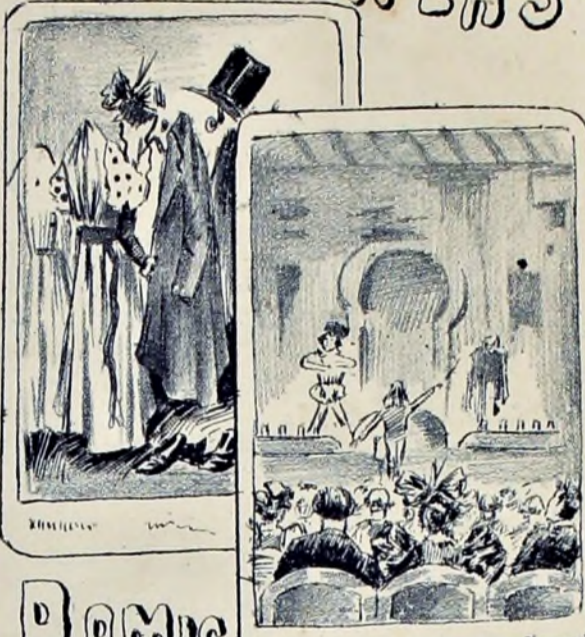


Quiso Satán al hombre mostrarle, en su odio eterno
Las penas infinitas que guarda en el infierno.
La duda y la sospecha y el odio y la asechanza;
Los días tenebrosos sin rayos de esperanza;
Sin término las noches de fiebre y de dolor;

El pensamiento fijo, terrible é inclemente;
Los celos como llamas que abrasan lentamente;
Ideas de venganza; momentos de delirio;
La lucha sin victorias; sin glorias el martirio,
Y dijo satisfecho: «Ahí tienes el Amor.»

CHARLAS

JOSÉ ESTREMEIRA.



DOMINGUERAS

Alejandro Dumas padre, á quien, de paso diré yo siempre he considerado como el hombre que mejor concepción tuvo del significado de la palabra vivir, lo cual con su genio le daba autorización para reírse de todas las aristocracias mártires del mundo, dice algunas cosas sobre la aristocracia napolitana, (la aristocracia de los buenos tiempos del buen rey Fernando) que espontáneamente acudían á mi imaginación cuando en la *Charla* anterior hablábamos de nuestra *p'tite* aristocracia, y que acuden hoy no menos espontáneamente á los puntos de mi pluma ya que para cumplir mi promesa he de seguir hablando de las famosas temporadas de Ferrari, que, (dígalos sinó la comisión de jóvenes distinguidos, cómplices del hábil *impresario*) es como hablar de la *high-life* aspirando perfumes ó derramando azucarillos reblandecidos de legítimo género *pschutt*, ó pomposidades de gran estilo *chic*, etc., etc.

Pues Alejandro Dumas dióse á observar la nobleza napolitana, y he aquí el resultado de sus observaciones, palabra más palabra menos, por que no tengo el libro delante y resisto al deseo de *darme corte* citando pájinas y líneas.

Como todas las demás noblezas europeas, con algunas excepciones, la nobleza de Nápoles estaba perfectamente arruinada. El común de los mártires del buen tono tenía mil pesos de renta anual; y aún menos. Claro que no hay que hablar de deudas.

Sin embargo, como los napolitanos tenían el talento de no vivir sino en su carruaje y en su palco, nada de esto se veía; todos los nobles encontraban la manera de tener un tilburi más ó menos nuevo, dos caballos mas ó menos viejos y una librea más ó menos deteriorada; pero el curioso que, con ayuda de Asmodeo, levantase la azotea de la mayor parte de las nobles mansiones, habría encontrado en una tercera parte la estrechez y en las otras dos la miseria.

Pero con el aspecto exterior, la aristocracia napolitana podía decir como Francisco I: «Todo se ha perdido, menos el honor».

Naturalmente que con el honor no se come, pero para algo hizo Dios los *macarroni* á dos cuartos la libra y el *asprino* de Anversa á dos ochavos el *fiasco*.

Además, quedan los elegantes que comen pan sin *macarroni* ó *macarroni* sin pan, para ir á tomar por la noche, haciendo gran ruido, un helado en casa de Doncelli, que es como si dijéramos aquí lo de Rovera.

Triste cosa, dirán ustedes. ¡Bah! Fueran á decirlo ustedes allá, á aquellas gentes que tienen en todas las temporadas su abono en el San Carlo y su carruaje en el Corso!

¡Como si lo dijeran ustedes á los abonados de Ferrari aquí, tan tiesos en su pechera blanca, tan fríos en su solemnidad cursi de baturro con tufos, que ni se permiten saludar á las relaciones, temiendo, en su incertidumbre de recién llegados, que esto no sea *chic*, aunque sea de buena educación!

Pero también ¡cómo hallar la regla justa del buen tono, cuando uno se halla perdido allí, entre la aristocracia que no lo enseña, cuando se ha ido solo atraído por el *délat* (así dicen ellos) por el *délat* de la *haute*, como mariposa loca que busca la luz!

Es difícil, de veras.

A Solis va la jente de la aristocracia. Bien, pero va también la que no lo es y aquí de los apuros.

A uno le resulta abigarrada esa aristocracia tan mentada cuando ve al gacetero narigudo, por ejemplo, haciendo también papel de aristócrata apesar de su color cetrino que muestra tras de la corba tablanca toda una antecesión de *chinas* hijas del campo crudo, levantando á cada paso el frac con aquel andar calado que respira algo bajo, en su continuo sube y baja de caderas. Cuando ve al propietario de diarios con aquellas manos que parecen más gruesas bajo el guante blanco, también él de aristócrata, sin duda, cuando la cara, los modales, el movimiento de las manos tan pesado, tan feo, están diciendo á gritos: «Qué demonios! Si yo no entiendo nada de esto; pero, todos vienen como aristócratas, también yo me enguanto y vengo á gozar del gran tono!»

Pero con todo, ¿quien se atreve á decir que aquella concurrencia á Ferrari no es la flor y nata de lo *chic*?

Y tanto que por asistir no hay quien no haga un sacrificio; que bien puede pagarse á alto precio esa patente de distinción.

¡Y vaya si se paga!

Hablemos pues algo sobre ese punto, que aquí vienen como hechos mi cuento y lo de Alejandro Dumas que les repetí.

Es el caso que la madre de un amigo mío, vieja devota, chapada á la antigua y por ende madrugadora, va á la primera misa día á día; y algunas veces, (caprichos de gente vieja que gusta de ver lo que en su juventud apenas vislumbró) se dá una vuelta por el Mercado Central gozándose en ver de madrugada todo aquel movimiento que inicia el despertar de la jornada de la vida de ciudad.

Una de estas mañanas se detuvo ante una de las casas de empeños y compra-venta que rodean á Solis, como para que, cual planeta de primera magnitud tenga el templo del arte especie de satélites en aquellos otros pequeños templos de artes útiles, y á veces de malas artes.

La dueña de uno de estos comercios, en quien la madre de mi amigo reconoció á una su antigua sirvienta, se hallaba á la puerta, y ella, extrañada de ver tan temprano abierta la casa, casi de noche (era á principios del Agosto) la interrogó.

—¿Cómo! tan temprano, de madrugada, abren ustedes su negocio?

—Ah, si señora, á las cuatro de la mañana ya abrimos. En esta época, á estas horas se hace la principal ganancia del día.

—¿Cómo es eso! hay alguien que venga á vender á estas horas?

—Si, contestó la otra bajando la voz. Como empieza la temporada de Ferrari, toda la jente de tono que busca dinero para asistir á la ópera y no quiere que la vean vender sus alhajas y trastos... ¿sabes?

—Pero ¿es cierto?

La preñera empezó á mostrarle. Alhajas de la señora tal. Los vestidos de la señora cual. Estos muebles de la familia X...

Y así salieron á relucir en aquella oscura cueva de Alí-Babá muchos nombres destilando tono y distinción, abonados á Ferrari, estrellas de la *high-life*, de la alta vida, y de la baja vida, de la vida de la vergüenza y la estrechez y la engañosa opulencia. Que así, protegidos por la noche de los miserables iban á dejar allí hasta los muebles, para brillar en la noche de los pudientes, regalando altivos distinción y buen tono.

—No les parece á ustedes curioso todo esto?

Que es cierto; y como tal lo digo, y como tal lo garanto.

Es más que curioso. Es admirable.

Es admirable esa sublime abnegación de los mártires del buen tono que despues de haber dejado en manos del usurero prendas quizá queridas, muchas veces necesarias, tienen aún ánimo para echar adelante el peto como Monsieur de Montpavon, y dejarse admirar, llenos de vanidad en su brillante agonía.

Y despues de esto ¿se suponen ustedes lo que puede pensarse mirando la sala de Solis en una noche de *gran serata*; lo que debe admirarse el jenio de don Angelo Ferrari; lo que suele ocultar esa aristocracia tras la pechera blanca, bajo el *cold cream* y los polvos, entre la seda y las gasas?

¡Pues!

Y confiesen que por algo me acordaba yo de lo que Alejandro Dumas dijo de la nobleza napolitana. Pero todo esto no importa mayormente.

Me figuro que al volver de la ópera, de ese momento de victoria que les ha costado el sacrificio de algo ó de mucho que falta en la casa, siempre podrán exclamar los vencedores parodiando al vencido de Pavia: «Todo se ha perdido, menos el rango.» Y es verdad.

Hasta la próxima.

NEMO



El Sol enfermo

Presenta manchas el Sol
Que no han de poder borrarse,
Y dicen que va á apagarse
Su deslumbrante arrebol.

El mal á Febo le asedia,
Ponerse en cura no quiere,
Y nada, que el Sol se muere
Si es que Dios no lo remedia.

De sú dolencia importuna
Dicen los que están más duchos,
Que es que habrá tenido muchos
Disgustillos con la Luna.

Y por eso va en aumento
Esa enfermedad tan rara,
Que va llenando su cara
De manchas en un momento.

Febo está de gravedad,
Y si no ha de padecer,
Debe un quita-manchas ser
Quien cure su enfermedad.

Muere el Sol, pues considero
Sus manchas de gravedad...
Muere de la enfermedad
De que muere mi sombrero!

J. RODAO

Así es que, donde menos se piensa, salta una tapa de los sesos.

—Este mundo—dice un hijo de familia tan pobre como desengañado—este mundo es pequeño para mí.

—No te apures por eso—le dice el padre creyendo que se refiere al cofre—ya te compraremos otro.

—¡Ah, padre mío! No me quejo yo del baul mundo, sino del planeta terrestre.

—Bueno hombre; pues ya veremos si la cosa tiene remedio. Yo te pondré una tarjeta al director de algún observatorio astronómico, y veremos si te encuentra por ahí un planeta más de tu gusto.

Nuestra época es una época de dudas—como han dicho un batallón de pensadores—y aunque el refrán dice: «En la duda abstente» muchos hay que en la duda van y se pegan un tiro.

Es un medio como otro cualquiera de salir de dudas.

El siglo presente no tiene ideales ni creencias, y eso es la causa de todo.

Vivimos sin fe y sin esperanza, que es como vivir solo de caridad.

Así es que, apenas nos apunta el bozo, ya estamos apuntándonos un revólver de reglamento.

Cojidos del brazo salían la otra tarde la Universidad tres estudiantes

El del centro caminaba pensativo y silencioso.

—¿En qué piensas?—le preguntaron cariñosamente los amigos.

—En quitarme de en medio—respondió él.

—¡Calla, hombre; si vas perfectamente,—replicaron los otros, sujetándole en el sitio de preferencia.

—No es eso; es que estoy pensando en pegarme un tiro.

—¡Déjate de cosas!

—¡Vaya! Veo que ustedes no me comprenden; la sociedad tampoco; nadie me comprende; ¿que quieren que haga?

—Lo que hacen con los logogrifos. La solución en el próximo número y se acabó.

Muchos son los que se matan, como éste, porque nadie los entiende, pero entre los jóvenes causan peores efectos los amores contrariados.

—¿Sabes lo que me sucede? pregunta el celoso al primer amigo con quien topa.

—Ni palabra.

—Que me engaña Asunción.

—Y lo sabes? Pues ya no te engaña.

—Tengo pruebas de que me es infiel por completo.

—¿Con quien?

—Con un corrector de pruebas.

—Entonces quien tiene las pruebas es el otro.

—Les sorprendí anoche á las doce, hablando por el balcón. ¿Te parece moco de pavo?

—¡Qué ha de ser moco! Es una pava entera pelada por ambos á altas horas de la noche.

A los dos ó tres días, el amante desdenado se apresura á tomar veneno, si bien no muy activo, porque el objeto es que la chica se entere y empiece á sentir remordimientos.

Generalmente esta clase de suicidas echan tres gotas de láudano en una tinaja, y beben agua de la tinaja de al lado.

Está probado que la publicidad influye en la multiplicación de suicidios, por lo cual se trató hace tiempo de lograr que la prensa no hablase para nada de esta clase de atentados.

La idea cayó en saco roto.

Hoy, como ayer, se da cuenta de los suicidios. Pero conste que el ideal son los suicidios sin darse cuenta.

Lo cierto es que el apego á la vida va desapareciendo *lenta pero continuamente*, y ahora es común hallar quien dice: «Voy á pegarme un tiro!» con la misma naturalidad con que pudiera decir: «Voy á pegarme un botón del calzoncillo.»

Verdad es que la lucha por la vida va siendo cada vez más encarnizada.

—¿Usted—se le pregunta a algún joven inesperto—se siente capaz del *struggle for life*?

—No señor; yo soy incapaz de estrujar á nadie, ó lo que quiera decia eso.

—Pues entonces ¡oh joven! perecerá usted en la demanda.

—No lo sé; yo estoy decidido á hacer ruido; y si no lo consigo, me pego un pistoletazo!... Conque...

—Si, ya veo que hará usted ruido de un modo ó de otro.

La pérdida de la salud y los reveses de la fortuna llevan tambien al hombre á la desesperación y luego al suicidio.

Muchos deudores insolventes se matan con el propósito deliberado de que, como á suicidas, no les den tierra sagrada.

Porque tal podría ser la casualidad, que les tocara dormir el sueño eterno junto al nicho de algún acreedor.

Y ese sería un sueño terrible.

Luis Rovoy

ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

POR

A. GIMÉNEZ PASTOR

IX

(Continuación)

En tanto, Argentina, despues de aquel pataleo de chiquilla voluntariosa, seguía sollozando echada boca abajo en la cama, arrugadas todas las flores del sombrero, inconsolable. Doña Armada, sacudiéndola, entre impaciente y aflijida, le gritaba:

—Pero qué tenés? Hablá, por Dios!

Finalmente, entre hipos y sollozos matizados con interjecciones de ira, contó Argentina lo ocurrido.

El gran canalla de Mario la engañaba, se reía de ella. Se lo habian dicho aquella tarde las Mes-tres que lo supieron á su vez por Cora Villegas, una muchacha que se había mudado recientemente al barrio, frente por frente á la casa de ellas y que era íntima amiga de Orfilia, la hermana de Mario.

El andaba en amores con otra, con una tal Delia; y desde tiempo atrás, que era lo peor. ¡Ah canalla! . . .

—¡Pedazo de sinvergüenza! exclamó doña Arman-da acalorada. ¡Y quien lo ve, parece una mosca muerta! Así son todos, todos!

Y siguió derramando á raudales su experiencia mundana. Por eso ella despues de la muerte de su marido no había querido atender á ninguno de los mil pretendientes que la asediaban. Ni porque muchos de ellos, casi todos, eran generales ó doctores, excepción hecha de alguno que otro escribano rico. ¡Oh, si ella hubiera sido otra! . . .

Argentina impaciente, con mal contenida ira la interrumpió por fin.

—¡Pero qué tiene que ver todo eso con! . . .

Doña Armada volvió en sí decidida á consolar á su hija. Verdaderamente aquel Mario era un gran canalla que se había estado riendo de ellas.

Pero ella lo iba á arreglar, ya vería!

Expuso su plan. Aquella Delia sería alguna alo-cada, alguna porquería, porque los hombres son así, de seguro Mario lo hacia por entretenerse, nada más. Lo mejor era imponerle un *ultimatum*, llamarle á una especie de juicio de conciliación y exponer francamente el asunto.

¿Por quien se decidía al fin? ¿Por esa Delia ó por Argentina? El tendría que contestar en definitiva, y si no se pronunciaba por Argentina, Amabilio le desafiaría.

Argentina la interrumpió bruscamente, con los ojos encendidos en ira, gritándole en un arrebato de impaciencia.

—Pero no ves, idiota, que á él nada le importa de tí ni de tus! . . .

Doña Armada no la dejó concluir, enojada ella también.

¿Qué se había pensado aquella mocosa atrevida? A ella decirle eso! . . .

Y le pegó una cachetada, cosa que los muchachos que miraban desde el patio, saludaron con gran algazara y voces de «¡zás! ¡lindo *bife*!» y otras por el estilo, mientras Amabilio con su mirada recelosa, de través, observaba todo aquello en que al parecer iba á actuar él también, como se cumpliría el programa de su madre.

Argentina más irritada por aquello volvió á prorrumpir en llanto chillón, pero doña Armada, arrepentida, se echó sobre ella besándola para que callase.

—Bueno, Argentinita; no seas zonza. No llores más, que no vale la pena; hombres es lo que sobra. . . .

Y le propuso por fin ir á comer á casa de la tia Leandra que tenía balcón, donde podían verla y con lo que quizá saliera pescando algún otro novio.

Argentina se resistió primeramente, pero luego, recordando que Mario á veces pasaba por allí, cedió á la tentación de hacerse ver por él, indiferente, de paseo, divirtiéndose, como si no le importara nada todo lo ocurrido.

Y salieron, recomendando doña Armada mucho cuidado á la sirvienta, mucho cuidado con aquellos bandidos que se quedaban á comer solos y que eran muy capaces de hacer una barbaridad.

Lo que hicieron fué devorar rápidamente lo que les pusieron delante y echarse sobre los sofás de la sala á hacer la digestión.

Amabilio y Ramón sacarón sus respectivas pipas de yeso y se pusieron á fumar. En esto estaban, cuando de pronto llegó Mario, halládoles tirados sobre las muebles, en mangas de camisa, despeina-dos, infestando la atmósfera con el humo de tabaco ordinario, ensuciando aquel ambiente tan puro y tranquilo de la salita testigo de sus horas de amor.

(Continuad).



Salimos á tres ó cuatro suicidios por día, revól-ver más, revólver menos.

Ya no se usa esperar con tranquilidad á la muerte, sino ir tras ella y atraparla donde se la coje.

Un suicida hace ciento.
Cada carta dirigida al juez por los que atentan á su vida, es una circular animando á los temerosos y rehacios.

MENUDENCIAS



La Jefatura Política de San José remitió á disposición del Juez Ldo. del Crimen de turno al prevenido José Blanco.

¿Un Blanco en la cárcel ya?
¡Caramba! ¡Qué madrugón!
Pues mal empezando va
la tan temida invasión!

Los ingleses para estas cosas!
A estar á los datos que traduzco del Pall Mall

Gazette, un gentleman que murió el 5 del mes pasado en Buckingham, hombre desgraciado en su vida matrimonial, ha legado á su mujer toda su fortuna, á condición de que vuelva á casarse en el plazo de dos años.

Este donativo va seguido en el testamento de las líneas siguientes:

«Quiero de este modo morir seguro de que habrá un hombre que diariamente sentirá el que yo me haya muerto.»

En un diario de la mañana, el cronista de salones en su *Vida social* empieza noticiando y comentando lacrimosamente cuatro fallecimientos, y la existencia de cuatro personas gravísimamente enfermas.

¿Y llaman *Vida social* á esto? Será bromá todo, pues me parece muy mal que se viva de ese modo.

—Pero ven, mujer; fijate qué portento es nuestra hija! Apenas hace un mes que empezó á aprender el piano ¡y ya sabe tocar y con una sola mano!

«En la calle Florida fué agredido el sujeto Luis Gamazo por otro que, armado de un grueso garrote, le infirió varias heridas que le han obligado á guardar cama.»

Ya podrá decir Gamazo en su triste situación:
—¡Caramba con la estación!
¡Cómo anda ahora el trancazo!

El Dr. Julio Herrera ofrecerá en estos días un banquete en honor del tenor De Lucia.
¿Del tenor? ¡Pero cómo se ha convertido ese hombre desde que se hirió!

¡Si sigue así, se hará fraile!
Antes hubiera, lector,
dado el banquete en honor
del gentil cuerpo de baile.



Nebrija R.—Montevideo—Me ha sentado lá lectura de su artículo, como una cucharada de aceite de hígado de bacalao.

El Salado—Id.—A usted si que podrían decirle los lectores si yo publicase su composición:

¡Ole, salero,
que por tí me muero!

Porque, fuera de duda, no quedaba uno vivo.

S. F. y G.—Id.—Pues, no digo que no... pero no digo que sí.

Una huri—Id.—Mire usted; las coplitas con esdrújulos ya han quedado para uso íntimo de las mucamas inocentes.

P. Grada y Ros—San Fructuoso.
No vuelva á versificar porque lo hace usted mal, Grada y si persiste ¡ahí es nada!

Que se va usted á degradar!

Florencio—Las Piedras—¿Sabe usted? ya lo comprendo. Eso de vivir siempre en Las Piedras tiene que acabar por hacerlo adoquiná uno.

P. L.—Montevideo—Pues me parece muy aceptable y probablemente en el otro número lo verá usted.

FOTOGRAFIA DE FIZPATRIK

INGESA

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

ESTUDIO FOTOGRAFICO DOLCE HINOS

Calle Sarandi, 359
Retratos modernos de busto á la romana.

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

EL ANTICUARIO

Calle 18 de Julio, 184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

ALPOLOLO

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor. **CASA ESPECIAL EN CAFÉ**

ALGALLIGARIS ESTUDIO

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.

ESTUDIO FOTOGRAFICO DE CALTE & BROOKS

Calle 25 de Mayo 300
MONTEVIDEO
Calle Florida 44
BUENOS AIRES